

la imagen de los estados unidos en la américa latina

CARLOS M. RAMA

El problema por excelencia de las relaciones internacionales de América Latina en el siglo xx es la presencia imperial norteamericana.

Desde la guerra hispano-americana de 1898 y la "conquista" de Panamá en 1903, se hizo apreciable, ya no sólo para los latinoamericanos de Mesoamérica, sino hasta para los del extremo austral, que los Estados Unidos tomaban el relevo imperial del neocolonialismo, en sustitución de un imperio inglés en retroceso.

Setenta y tantos años llevamos en ese proceso y a la fecha, si por una parte se anuncia su crepúsculo (especialmente después de la gesta revolucionaria cubana), también tenemos claro que su mejor comprensión nos obliga a remontarnos a los decenios inmediatamente anteriores para comprender cómo ha evolucionado la relación entre los pueblos latinoamericanos y el norteamericano.

Todo esto se ha estudiado a menudo en forma parcial o local, desde el ángulo exclusivamente económico o de la historia de las relaciones internacionales. Cabe asimismo llevar el tema a la historia de las ideas, y concretamente al examen de la imagen que los latinoamericanos tienen, o han tenido, de los Estados Unidos, así como de las líneas de opiniones que sobre nuestros pueblos, gobiernos y problemas han manifestado paralelamente los mismos norteamericanos.

Estas páginas constituyen un ensayo, y no están por tanto en condiciones de agotar un tema tan vasto como complejo. Procuran, sí, acotar las fronteras de un territorio intelectual que merece ser analizado, y presentan a modo de hipótesis un planteo sobre sus líneas generales, o etapas, en que se manifiesta la evolución de la imagen de los Estados Unidos en el seno del pensamiento latinoamericano.

I

¿TIENEN LOS LATINOAMERICANOS UNA IMAGEN DE LOS ESTADOS UNIDOS?

Aparentemente no siempre los latinoamericanos han tenido una imagen clara u operativa sobre el mundo norteamericano, y en especial sobre su gobierno.

En el pasado lo hemos explicado en razón del atraso colonial en que hemos vivido, pero en el presente a menudo la situación se ha continuado, ahora por el hecho que los órganos de comunicación colectiva (como la radio, diarios, TV), que debieran considerar los grandes problemas de interés colectivo, están a menudo enfeudados a minorías oligárquicas interesadas —entre otras cosas— en que sus pueblos, nuestros pueblos, desconozcan lo más elemental sobre el mundo exterior, y la naturaleza de las relaciones internacionales.

Si nos atenemos a la mera lectura de la mayoría de los documentos oficiales emanados de gobiernos criollos, a menudo sirvientes de turno de aquellos mismos grupos oligárquicos, cuando no al servicio directo de intereses extranjeros, tampoco resulta la existencia de una dibujada imagen de nuestra identidad, y menos de los vínculos y relaciones con el mundo no latinoamericano.

Hemos tenido, y tenemos, presidentes de *repúblicas* que son, o han sido, funcionarios al servicio de compañías extranjeras monopólicas, y por tanto nunca interesados en definir una conducta nacional y representar ante terceros a su propio país cabalmente.

Sin embargo en algunas ocasiones, y por lo menos en ciertos Estados, no han faltado gobernantes que han manifestado públicamente pensamientos definidos que hacen alusión al tema de las relaciones internacionales entre los Estados Unidos de Norteamérica y las repú-

blicas latinoamericanas. Falta secuencia en esos textos; corresponden invariablemente a cierto tipo de personalidades, se producen en determinados momentos históricos, pero deben tenerse especialmente en cuenta.

Así, en el siglo pasado ha sido el caso del libertador Simón Bolívar; del apóstol cubano José Martí; del presidente de los Estados Unidos Mexicanos, el Benemérito Benito Juárez; y en nuestros días de los comandantes Fidel Castro y Ernesto Che Guevara, con puestos de responsabilidad revolucionaria en la República de Cuba.

Personalidades como éstas son las de intelectuales de valía con pensamiento coherente sobre los problemas de su tiempo, que si no cabe asimilarlos al grupo de los dirigentes políticos son, en cambio, representativos de escritores ensayistas como el caso de Francisco Bilbao y José Victorino Lastarria, José Enrique Rodó y José Ingenieros, estos últimos de nuestro siglo xx.

No son los únicos, aunque seguramente los más coherentes, y no faltan figuras menores —a propósito de estos temas— que muestran que la intelectualidad ha tenido conciencia de una cierta y definida imagen latinoamericana sobre la nación sajona.

Entre ellos se deben considerar obviamente a los mismos escritores de ficción, que, como los poetas y novelistas, han usado de su obra literaria como un arma de combate político para mostrar, por ejemplo, la explotación de los proletarios latinoamericanos por las compañías internacionales con sede en los Estados Unidos, han sido sensibles a los ataques e intervenciones de las fuerzas armadas yanquis en nuestros territorios, o se han agrupado en movimientos y corrientes de opinión que denuncian el imperialismo.

Esta corriente comienza tempranamente en nuestro siglo, y corresponde citar a Rubén Darío con su famoso poema denunciando al presidente Theodore Roosevelt en el episodio de Panamá; de esa corriente han participado desde los poetas (¿y quién no conoce *Canción de gesta* de Pablo Neruda o *Tengo* de Nicolás Guillén?) hasta los novelistas, a quienes la expansión editorial reciente ha asegurado un público continental.

En la amplísima documentación técnica, en materia de ciencias sociales, recientemente emitida en América Latina, no faltan tampoco opiniones y consideraciones, cuando no estudios, sobre la significación de los Estados Unidos en la vida económica, social, política y hasta cultural de nuestros países. Desde la CECLA a las publicaciones de las universidades y centros latinoamericanos de investigación, hay una multitud de datos y consideraciones que corresponde analizar por todos.

En definitiva —y a los efectos de este ensayo— nuestro derrotero es establecer las opiniones más representativas, o mejor dicho la línea general que siguen los más altos exponentes del pensamiento latinoamericano que abordan el tema, sin prejuicio de aludir a otros autores, estudios u opiniones circunstanciales, para precisar la imagen latinoamericana de los Estados Unidos.

Por razones muy explicables, los testimonios existentes son mucho mayores entre los ciudadanos de los países limítrofes con Estados Unidos, como son México y Cuba, o que han tenido conflictos frontales con aquella potencia en el momento de su expansión imperial a costa de los latinoamericanos. Es menos usual que corresponda a una experiencia individual, como sucedió en el siglo pasado con el chileno Benjamín Vicuña Mackenna, o de la reflexión intelectual de un pensador lejano geográficamente, como es el caso del uruguayo José Enrique Rodó a principios del siglo xx.

Aun siendo tan dispares y contradictorios los intereses políticos y económicos latinoamericanos con los norteamericanos, y partiendo sus perspectivas culturales nacionales de puntos tan distintos, no debe inferirse que sólo se manifiestan las opiniones en términos de lucha, temor, hostilidad, desprecio o rechazo. La misma vocación universalista americana, tal vez más nítida en América Latina que en la América del Norte, ha permitido que se apreciara —como corresponde— aportes a la cultura mundial que los norteamericanos han hecho tanto en el mundo de las artes, como de las ciencias, cuando no —especialmente en el pasado— en el terreno de la vida política.

Los libertadores de América hicieron justicia a la hazaña que significaba la primera gran república del mundo con una constitución escrita desde su independencia en 1776; los líderes de la burguesía ascendente latinoamericana, de mediados del siglo pasado, admiraron lo que representaba Abraham Lincoln y la revolución industrial norteamericana; los intelectuales apreciaron en todo su valor la generación de grandes creadores como Walt Whitman, Emerson, Thoreau, que honran a las letras mundiales, y podríamos dar muchos casos y ejemplos de nuestros días que por cercanos son más notorios.

Todo el pensamiento latinoamericano sobre los Estados Unidos, diremos que no es un pensamiento ocioso o “desinteresado”, sino que se presenta como un instrumento que prepara la acción, delimita sus posibilidades, e incluso acelera la posibilidad de nuestros pueblos a participar en nuevas y mejores situaciones históricas.

En principio expresa el repudio de los latinoamericanos demócratas amantes de la independencia de sus propios países, que protegen la existencia autónoma de sus pueblos y protestan contra los ataques de la prepotencia imperial norteamericana y, en ese plano, dan un sentido y orientación a la lucha antiimperialista y nacional del continente.

Pero además, y diríamos invariablemente, sus escritos trascienden a otros dos planos superiores históricamente muy interesantes.

En primer lugar porque esa tarea les permite definir, por referencia a los Estados Unidos, a la propia América Latina.

¿Cómo somos nosotros? ¿En qué medida debemos considerarnos efectivamente diferentes?, son sus preguntas.

De estas reflexiones ha resultado una indagación sobre la radical condición latinoamericana, un ahondamiento del análisis cognoscitivo, que estimula la confrontación.

Así ya lo había hecho Herodoto cuando llegó a definir a sus griegos por referencia a la invasión persa.

Pero también, como en el Padre de la Historia, la valoración de la debilidad de los pequeños y atrasados países latinoamericanos frente al avance militar y económico de la unión americana, ha llevado a tomar conciencia a los latinoamericanos de su existencia como unidad cultural, por encima de las divisiones políticas estatales. Henríquez Ureña, a quien volveremos más adelante, decía incluso que nuestros lazos como nación son hoy entre los países hispanoamericanos más importantes y sólidos que aquellos de que los antiguos griegos tomaron conciencia en los siglos VI y V a.C.

De la idea de la nación latinoamericana, real y fecunda en los lazos de la cultura, del pasado común y, por qué no decirlo, de la igual común desgracia, se ha pasado sin esfuerzo a la idea de concertar los Estados Unidos de América Latina.

Los proyectos no faltan y están en esos mismos autores que venimos siguiendo desde Simón Bolívar a nuestros días. En ellos es invariable que, todos aquellos que tienen conciencia de la significación de los Estados Unidos para nuestra existencia histórica, planteen como estrategia por excelencia para los latinoamericanos la puesta en práctica de una unión federativa latinoamericana.

Estas reflexiones incluso no creemos que son ociosas, pues en la medida que tenemos conciencia de nuestros talentos y de sus ideas sobre nuestra identidad, y ante todo nuestras relaciones internacionales (en el caso con los Estados Unidos de Norteamérica), es obvio que podemos encarar con más eficacia la defensa, tener una perspectiva válida sobre sus destinos. Si no se conoce suficientemente al enemigo, si no se tienen claras las motivaciones que nos mantienen en el neocolonialismo, si no se explica la gesta que comienza simultáneamente con acción y pensamiento de los héroes del continente, de Simón Bolívar al Che Guevara, mal podrá emprenderse la pelea.

Conocimiento que no se opone a la acción que a menudo proviene de una praxis concreta, que ha sido compartida por otros latinoamericanos, y que nos permite dejar comprender sus luchas, actuales y pasadas, lejanas y cercanas.

Finalmente, hay otra dimensión que valoriza este balance. En la medida que analizamos y confrontamos las opiniones que los latinoamericanos, a través de más de 160 años vienen dando sobre los Estados Unidos, e incluso las que los propios norteamericanos proveen sobre nuestros países, resultan inteligibles muchos episodios de la historia del continente.

No pensamos solamente en los episodios conflictivos (como son invasiones, ocupaciones, intervenciones cumplidas por Estados Unidos en perjuicio de sus débiles vecinos), sino incluso la política aparentemente pacífica, internacional o interna, como consta en los tratados, alianzas, convenciones o disposiciones legales de que se han responsabilizado gobiernos latinoamericanos, pero que a menudo han sido arrancadas merced a la presión exterior, cuando no facilitadas por el servilismo, digamos entreguismo, de los políticos criollos.

También resulta esclarecida la trama interna de la política llamada nacional o local de los Estados latinoamericanos, pues como denunciaron en sus momentos algunos latinoamericanos o confesaron los mismos norteamericanos, muchos gobiernos de los países de lenguas latinas han sido una suerte de marionetas de lujo digitadas por Washington.

A la luz de esta veta de investigación que sugieren los textos, se piensa que sería necesario reescribir la aparentemente apolínea y rimbombante historia nacional de las "legítimas autoridades" de muchos países.

II

LA REVOLUCIÓN INDEPENDENTISTA LATINOAMERICANA Y LOS ESTADOS UNIDOS

Los padres de la independencia, y especialmente sus precursores, vieron con muy explicable simpatía a los Estados Unidos.

¿Acaso no era un ejemplo aleccionador la lucha que por su independencia frente al coloniaje inglés habían librado las hasta entonces colonias norteamericanas en 1776?

Los dirigentes de la insurgente burguesía criolla se identificaron con los excolonos norteamericanos y estaban dispuestos a imitar su lucha e incluso seguir sus pautas institucionales.

Mariño tradujo en Nueva Granada, bajo el título de la independencia de tierra firme, los textos fundamentales norteamericanos y ellos corrieron por toda América de lengua española. El oriental José Artigas, precursor de la nacionalidad uruguaya, fue su lector y confiesa haber intentado, a orillas del Plata, una confederación al estilo de la norteamericana de los primeros momentos independentistas, que englobara territorios del antiguo virreinato del Río de la Plata.¹

La primera constitución chilena, y otras más tarde, debieron mucho a los textos fundamentales norteamericanos.

Simón Bolívar previno, sin embargo, en el Congreso de Angostura a sus conciudadanos de una imitación servil del modelo norteamericano, invocando a Montesquieu que opina que los textos legales “sean relativos a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos”. Porque —y es un argumento fundamentalmente— “tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo ni el americano del norte, que más bien es un compendio de África y de América, que una emanación de la europea”. Sin negar elogios a los Estados Unidos (“único de la historia”, modelo singular de virtudes políticas y de ilustración moral, “peregrina prosperidad”, etcétera), finaliza rechazando terminantemente utilizarlo como ejemplo de la constitución política para su país.

Creyeron también los dirigentes de la Revolución

¹ Nos remitimos a Ariosto D. González. *Las primeras fórmulas constitucionales en los países del Plata, 1810-1814*, y para Chile a la obra similar de Eugenio Pereira Salas, que han considerado esas vinculaciones en forma documentada.

Latinoamericana Independentista de 1810 que Estados Unidos acudiría en su auxilio frente a las tropas españolas o las amenazas de la Santa Alianza. La verdad es que los patriotas debieron luchar solos, y si algunos norteamericanos les acompañaron, especialmente en calidad de corsarios, lo hicieron a título individual.

La declaración del ministro Quincey Adams durante la presidencia de Monroe, y que ha sido denominada por los textos legales como doctrina, más que la defensa de los latinoamericanos considera los intereses norteamericanos, que se verían afectados por la proyectada expedición de la Santa Alianza a tierras americanas.²

La actitud de Estados Unidos y también de Inglaterra en el Congreso de Panamá de 1826, y el conocimiento de la exacta naturaleza de la política norteamericana con referencia a los nuevos países latinos de América, llevará nada menos que al mismo Bolívar a pronunciar su famosa frase: “Estados Unidos que parecen destinados por la providencia para plagar la América de miserias, a nombre de la libertad.”

La imagen inicial de los libertadores tiende a cambiar totalmente, y se inicia una consideración crítica que analiza más cuidadosamente la potencia americana del norte.

Antes incluso de aquel significativo pronunciamiento, fue en México donde se apreciaron los intentos expansionistas del gobierno norteamericano a costa de los países poblados por hispanoparlantes. Tal vez haya sido el primero en denunciarlo el patriota fray Servando Teresa de Mier en su memoria de 1821, en que después de aludir a la anexión de Las Floridas y Luisiana, alerta sobre los peligros que para México se presentan en el futuro.

² Su texto decía: “que en adelante los dos continentes americanos, atendida su libertad e independencia que han adquirido los pueblos establecidos en ellos, no deben ser considerados como territorios donde potencias europeas puedan establecer colonias”. Estados Unidos “considera peligroso para su paz y seguridad toda tentativa de las potencias europeas para implantar su criterio de gobierno en cualquier parte de su hemisferio”. Se afirmaba asimismo que los Estados Unidos considerarían una forma de hostilidad contra su país “toda intervención de cualquier potencia europea con el fin de oprimir pueblos que han logrado su independencia o de imponerle otro destino que el que se han dado”.

El jurista mexicano Antonio Gómez Robledo, que refuta a la doctrina Monroe, “un gesto no sólo suplementario, sino en cierto sentido superfluo y en todo caso inútil” ha sostenido que “entre los contemporáneos (latinoamericanos) y salvo tal vez una que otra excepción, el mensaje fue escuchado uniformemente con simpatía, es verdad, pero al propio tiempo con notaria sobriedad sentimental (*sic*), en *Idea y experiencia de América*, México, FCE, 1958.

También previno —al igual que Bolívar— a sus ciudadanos sobre los peligros de una imitación servil de la constitución norteamericana, especialmente con el tema de la federación, en el famoso discurso llamado “de las profecías” que pronunciara el 13 de diciembre de 1823.

En los intentos de unificación, o confederación, de los países hispanoamericanos que se cumplen en las conferencias internacionales celebradas en Tacubaya (1823); en las tentativas también mexicanas de 1831, 1838 y 1840; en el Congreso de Lima de 1847-48; en el tratado continental de 1856, y en el segundo Congreso de Lima de 1864, se trataba de resistir los intentos reconquistadores de España y el intervencionismo de la Francia de Napoleón III, pero también rechazar la agresión norteamericana, apreciable en México en los años 1831-1848 (que comporta la pérdida de la mitad de su territorio), y el auspicio de las expediciones de filibusteros en México y América Central.

También en los proyectos unitarios, como los expuestos por los argentinos Bernardo Monteagudo y Juan Bautista Alberdi, intitulados respectivamente *Necesidad de una federación general entre los Estados hispanoamericanos* (1825) y *Conveniencia y objeto de un congreso general americano* (1844).

III

LA BURGUESÍA ASCENDENTE LATINOAMERICANA Y LOS ESTADOS UNIDOS

En la época en que América Latina adquiere en el siglo pasado la plenitud de posibilidades que le permite el sistema neocolonial europeo (1850-1889) en los países más organizados, los representantes de la burguesía criolla se plantean el proyecto de crear en sus respectivas sociedades economías de tipo capitalista progresista, justamente tomando como modelo a los norteamericanos.

Como dijera Federico Engels: es explicable que la burguesía conquistadora del mundo entero viera con admiración a los Estados Unidos.

Hubo mexicanos, argentinos, chilenos, uruguayos o brasileños, que se encontraban entre los líderes nacionales de sus respectivos países, que volvieron sus ojos a los Estados Unidos de los años que siguieron a la Guerra de Secesión, donde se comenzaban a apreciar los bene-

ficios de una rápida industrialización en una sociedad abierta y modernizada.

Domingo Faustino Sarmiento, que actuó como embajador de Argentina en Estados Unidos hasta 1868, año en que adviene a la presidencia de su país, lo dirá muy gráficamente:

La América del Sur se quedará atrás y perderá su misión providencial de sucursal de la civilización moderna. No detengamos a los Estados Unidos en su marcha, que es lo que en definitiva proponen algunos. Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos a la América como al mar es el océano. Seamos los Estados Unidos.

La dignidad y la posición futura de la rama española en el Atlántico —agrega— exige que se presente ante las naciones en un cuerpo de nación que un día rivalice en poder y en progreso con la raza sajona del norte. Llamados los Estados Unidos de la América del Sur, y el sentimiento de la dignidad humana y una noble emulación conspirarán en no hacer un baldón del nombre a que se asocian ideas grandes.

No menos categóricamente se expresaba el más importante de los intelectuales uruguayos, y en algún sentido discípulo del mismo Sarmiento, José Pedro Varela que a fines de la década de los 70 inspirará las reformas burguesas modernizantes, especialmente en materia de educación, en su propio país.

Si para los lejanos países del Plata esto se presentaba como la adopción de un modelo eficiente en el mundo capitalista, republicano y hasta orientado democráticamente, para los países vecinos de los Estados Unidos, se imponía como un imperativo de competencia y hasta de sobrevivencia.

Así para los mexicanos, decididamente derrotados en los años 40 y arrasada su tierra por la intervención napoleónica, implica la situación de finales del siglo XIX un desafío que no podían ignorar.

El más distinguido pensador de esos tiempos busca justificación teórica nada menos que en el inglés Charles Darwin y en su teoría de la lucha por la vida, tan cara a la burguesía internacional.

Junto a nosotros (los mexicanos) vive un maravilloso animal colectivo (Estados Unidos), para cuyo enorme intestino no hay alimentación suficiente. armado para devorarnos, mientras nosotros ganamos cada día en aptitud para ser devorados (afirmaba).

Estamos expuestos (proseguía) a ser una prueba de la teoría de Darwin, y en la lucha por la existencia tenemos contra nosotros todas las posibilidades.

La solución es imitar al coloso, ser como los nor-

teamericanos: hombres prácticos, trabajadores, directos, modernos, en una palabra *positivos*. Es menester pasar de la era militar a la era industrial, etcétera.

Leopoldo Zea, de quien tomamos las citas, afirma que

Para la supuesta creación de este tipo de hombre, bien distinto del que formaba España en sus colonias americanas, los iberoamericanos se encontraban con una doctrina filosófica: el positivismo... En el positivismo se encontraba el instrumento del orden capaz de sustituir la escolástica en que se habían formado los hombres de la Colonia.³

El mismo mexicano Justo Sierra teoriza sobre la conveniencia de la condición dependiente de los Estados Unidos, en una suerte de asociación de la burguesía de su país con la norteamericana, algo similar a la que ahora llamamos subimperialismo.

El desenvolvimiento industrial de los Estados Unidos —decía por 1900— que ya era colonial hace veinticinco años, exigía como condición obligatoria el desenvolvimiento concomitante de la industria ferroviaria, a riesgo de paralizarse. El *go ahead* americano no consentiría esto, y por una complejidad de fenómenos económicos que huelga analizar aquí entraba necesariamente en el cálculo de los empresarios de los grandes sistemas de comunicación que se habían acercado a nuestras fronteras, complementarlos en México, que desde el punto de vista de las comunicaciones, era considerado como formando una región sola con el suroeste de los Estados Unidos. El resultado financiero de este englobamiento de nuestro país en la inmensa red férrea americana, se confiaba a la esperanza de dominar industrialmente nuestros mercados.

En otra parte afirmó Sierra, completando su pensamiento:

La virtud política del presidente Díaz consistió en comprender esta situación y, convencido de que nuestra historia y nuestras condiciones sociales nos ponían en el caso de dejarnos enganchar por la formidable locomotora yankee y partir rumbo al porvenir, en preferir hacerlo bajo los auspicios, la vigilancia, la policía y la acción del gobierno mexicano, para que así fuésemos unos asociados libres obligados al orden y la paz y hacernos respetar y para mantener nuestra nacionalidad íntegra y realizar el progreso.

³ *Antología del pensamiento social y político de América Latina*, Washington, Unión Americana, 1964, pp. 38-39. También en su otro libro *América como equivalencia*, México, UNAM, 1972, 2a. edición, pp. 96 y ss.

Los llamados “científicos” mexicanos, que acompañan al gobierno dictatorial del general Porfirio Díaz; los republicanos brasileños que dominan al ejército imponiendo el fin del imperio; los grandes conductores argentinos que desde la presidencia de su país orientan su transformación como Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento, Nicolás Avellaneda, el general Roca; chilenos tan distinguidos como Benjamín Vicuña Mackenna; los intelectuales aliados al militarismo en el Uruguay, y tantos otros más que en la directa lectura de las obras de Augusto Comte y Herbert Spencer encuentran su modelo en la total imitación de los Estados Unidos en los años posteriores a 1866.

José Victorino Lastarria lo ha dicho en forma elocuente, cuando dice que una generación de americanos sin bibliotecas y sin maestros llegaba a conclusiones semejantes a las del citado sociólogo francés: les bastaba inspirarse en los Estados Unidos.

Cabría subrayar que dentro del positivismo hay dos alternativas simultáneas. La que implica la independencia, y hasta el proyecto de construir Estados importantes, en el caso del sur del continente, y por otra parte la fórmula dependiente, al servicio del *imperialismo pacífico* norteamericano en el caso del porfirato mexicano, o de los *anexionistas* de Cuba y Puerto Rico.

Coincidían además los líderes progresistas de la burguesía latinoamericana de la época en dar la batalla a la Iglesia Católica, notorio factor entonces de atraso social. En algunos países (México, Colombia, Ecuador) propietaria de inmensos latifundios feudales, y en otros impidiendo el desarrollo de una educación primaria elemental, imprescindible a las necesidades de la vida industrial, al tiempo que intentaba perpetuar el monopolio de otros aspectos de la vida societaria.

La república norteamericana, donde el Estado está separado de la Iglesia, y admitida la tolerancia religiosa, y donde los gobiernos o municipios controlaban los servicios públicos fundamentales (escuelas, cementerios, registro civil), era el ejemplo por excelencia para los escritores calificados de liberales.

Tempranamente lo había dicho Francisco Bilbao en su *Evangelio americano*, elogiando la libertad de pensamiento que “en Estados Unidos coexistió con sus orígenes” en el siglo XVIII, y de la que se derivan —a su parecer— inmensas ventajas en todos los terrenos, tanto políticos como culturales.

También lo expresaron los jóvenes intelectuales uruguayos *radicales*, entre los que se destaca José Pedro

Varela; y los *nuevos liberales* mexicanos Melchor Ocampo, Gabino Barreda, Lerdo de Tejada, Ignacio Ramírez, y especialmente Benito Juárez.

Si había concordancia en la admiración (que por lo demás desafiaba muchos prejuicios de la ideología dominante en esos tiempos y países), algunos no dejaron de advertir cómo el mismo éxito de los Estados Unidos en la realización del modelo burgués implicaba, en definitiva, un peligro para los países más débiles que le rodeaban.

Así lo dijeron quienes, como el mexicano Benito Juárez, tenían elementos de juicio valiosos al anotar la incompatibilidad de los intereses norteamericanos expansionistas con la nacionalidad latinoamericana, y en particular con la de sus vecinos mexicanos.

Así pensaba cuando rechaza categóricamente la idea de lograr el auxilio norteamericano para México al precio de concesiones territoriales. A pesar de la existencia de la Doctrina Monroe tenía la firme convicción, que probaron los hechos, de que Estados Unidos no auxiliaría a México "ni con fuerzas, ni con dinero", limitándose a declaraciones inocuas.

Un caso muy interesante lo prevé el chileno Benjamín Vicuña Mackenna, que cuando tenía 22 años hace su primer viaje fuera del país recorriendo California, Louisiana y reside en la costa oeste norteamericana. Basta leer su obra *Páginas de mi diario sobre tres años de viaje, 1853-1854-1855*, para apreciar su admiración por la forma de vida de los norteamericanos y sus grandes realizaciones, no muy distintas de los viajes de Sarmiento y Varela.

Vuelve de nuevo a los Estados Unidos, ahora en *misión confidencial* del gobierno de Santiago de Chile en los años 1865-1866, para colaborar en la lucha contra la agresión que en el Pacífico desatará contra Chile y Perú el gobierno de España.

Entre ambos viajes ha tenido ocasión de ocuparse en forma continua de los temas de la política internacional americana, contándose entre los amigos de la República Mexicana invadida, fundando con otros ilustres chilenos la llamada "Unión Americana", y le ha movido a serias reflexiones el episodio del reconocimiento como gobernante legítimo de Nicaragua —por el Departamento de Estado— del filibustero William Walker, reimplantador de la esclavitud y protegido del magnate Vanderbilt, propietario del ferrocarril de Panamá.

La gravedad de aquel hecho no había escapado a otros latinoamericanos ilustres. Es el caso de Francisco

Bilbao, antes admirador de los Estados Unidos, y ahora denunciando el peligro que significa la actitud norteamericana para todos los latinoamericanos.

Walker —son sus palabras— es la invasión; Walker es la conquista; Walker son los Estados Unidos. ¿Esperaremos que el equilibrio de la fuerza se incline de tal modo al otro lado, que la vanguardia de aventureros y piratas de territorios llegue a sentarse en Panamá para pensar en nuestra unión?

El 27 de julio de 1856 Vicuña Mackenna, al pie de unos textos que recopila, escribe de su puño y letra:

Voy a hacer estos extractos para escribir un artículo para "El Ferrocarril", a consecuencia del reconocimiento del filibustero Walker por el gobierno de los Estados Unidos.

En 1860, mientras el aventurero Walker es fusilado, y desbaratado definitivamente su grupo por los esfuerzos combinados de los gobiernos de Guatemala, El Salvador y Costa Rica, en los Estados Unidos es electo presidente Abraham Lincoln, y al año siguiente se inicia la Guerra de Secesión.

Terminada ésta, y en la época que el Departamento de Estado está a cargo de Mr. N.S. Seward, en las presidencias de Grant y Johnson los Estados Unidos emprenden una política agresiva, ahora en el Caribe, en alianza con la potencia colonial decadente española, todavía dueña de Cuba y Puerto Rico.

Seward se propone la anexión de la isla de Santo Domingo, soberanamente propiedad de las repúblicas de Haití y la Dominicana, y la compra de las Islas Vírgenes danesas y las islas de Culebra españolas. No le faltan, especialmente en Santo Domingo, *colaboradores* como es el caso del general Buenaventura Báez, que llega incluso a realizar un "plebiscito" para respaldar la anexión de su patria a los Estados Unidos, y se inician los trabajos para instalar bases navales en la bahía de Samaná (República Dominicana) y en la península de Saint Nicholas (República de Haití).

Este ambicioso plan, que adelanta el que se llevará a cabo una generación más tarde con la guerra hispano-americana de 1898 y la conquista de Panamá en 1903, fracasará en definitiva, no tanto por la negativa de los gobiernos europeos a vender sus posesiones, como por la resistencia de los patriotas antillanos. Esforzados haitianos, dominicanos, cubanos y puertorriqueños denunciarán la falacia del llamado *anexionismo*, y entre ellos estarán los dirigentes de los años próximos, como

Ramón Emeterio Petances, Gregorio Luperón, Nissage Sagnet y una generación de revolucionarios cubanos que pierden sus esperanzas en los Estados Unidos y resuelven confiar en su sola fuerza para obtener la independencia, y entre los cuales se destacará José Martí.

En esos años, y con el beneplácito norteamericano, España mantiene en su poder, en una virtual reconquista, a la República Dominicana entre 1861 y 1865, y enfrenta con su flota de guerra a los gobiernos de Perú, Chile y Ecuador. Éstos son los hechos que llevan a Vicuña Mackenna a los Estados Unidos, donde reside diez meses, en los cuales traba contacto con la política norteamericana con América Latina, y rehace su juicio sobre aquel país.

Yo he sido siempre —dice en carta a Federico Errázuriz del 28 de julio de 1866— como tú sabes, un admirador político de este país. Mi primera visita en 1853, cuando tenía todas las ilusiones de los veinte años, me dejó una gran impresión que conservé hasta mi llegada aquí en noviembre último. Pero ahora las he perdido todas. La grandeza de esta República, si alguna le queda, es para ella sola. Para el resto del mundo, si algo tiene, es sólo desprecio, envidia, ignorancia o miedo... A nosotros (los latinoamericanos) nos miran con el más superior desprecio. Todas sus grandes doctrinas son simples farsas políticas para manejar sus intereses particulares e internos. La Doctrina Monroe, la expulsión de los franceses de México, el sostenimiento de la democracia en el Nuevo Mundo, todo esto no es sino un aparato escénico de que se valen los políticos para obtener puestos públicos, misiones diplomáticas y todo género de ventajas personales, pero que ni por el pensamiento se proponen sostener en la práctica.

IV

LA CRÍTICA A LOS ESTADOS UNIDOS EN LOS ESCRITORES FINISECULARES

Si la generación latinoamericana precedente vivió el choque que significó para su *imagen norteamericana* dominante, la agresión a los países antillanos en la década de los años 60, y el apoyo a los intentos de España, para los escritores finiseculares igual emergencia se planteó, y ahora en forma más viva y notoria, en ocasión de la guerra hispano-americana de 1898 y la secesión de Panamá de la República de Colombia.

Una amplia impregnación de la cultura francesa, también entonces progresista burguesa, e imbuida del

radicalismo solidarista, era paralela a un análisis más cuidadoso de los valores y defectos de la cultura norteamericana de los mismos años, en que este país vive el ascenso de un agresivo capitalismo acumulativo.

La nueva imagen norteamericana estará en los escritos, especialmente de los antillanos que siguen librando sus luchas por la independencia de Cuba y Puerto Rico, y en menor escala en otros latinoamericanos.

El primero de ellos, José Martí, que ejemplifica sobre una generación de antillanos revolucionarios que “marchan de la mano de Bolívar y de Spencer”, que participan a menudo de las logias masónicas, y que saben que sus intereses como patriotas son incompatibles con los de los yanquis.

Corresponde reconstruir el testimonio de José Martí, que vale por los de muchos de sus contemporáneos, aunque llega solamente a 1895. Fue él, en nombre de toda América Latina, quien en ocasión de la primera conferencia panamericana de 1889 dijera que: “Ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia”. Nada más y nada menos.

Pero tal vez el escritor donde más amplia y decisivamente se consideró, desde un punto de vista nacionalista latinoamericano, la significación de los Estados Unidos de entonces, fue el uruguayo José Enrique Rodó, cuya importancia histórica se mide no solamente por sus escritos, sino asimismo por la amplia secuela de su discipulado en las capas cultas de toda América Latina.

Juan Valera, en sus *Cartas Americanas* (1889) acota con razón que

Durante este periodo, si la cultura inglesa hubiese sido más comunicativa hubiese penetrado en las repúblicas hispano-americanas, pero no lo es, y apenas se sintió su influjo. Francia, por el contrario, ejerció, poderosamente el suyo, que es tan invasor, e informó al movimiento intelectual y fomentó el progreso de la América española, aunque sin borrar, por dicha, sin desfigurar su ser castizo y las condiciones esenciales de su origen.

Los antillanos que conocieron el rostro imperialista norteamericano, ahora se orientarán hacia la Francia de la Tercera República, y en su movimiento intelectual tomarán inspiración prácticamente los mejores intelectuales de todo el resto de América en los últimos años del siglo XIX.

A pesar de la atracción ejercida por los Estados Unidos, y del ejemplo de su triunfante burguesía, que die-

ran al mundo, en primer lugar a América, en las décadas anteriores, su cultura no será considerada preferentemente por los latinoamericanos. Ya se conocía su aspecto agresivo, donde contaba más la opinión de los Vanderbilt, los Harverymayer, y otros consorcios capitalistas, que la de sus mismos hombres de pensamiento.

El fácil reproche de "euroxpeizados", con que a veces se ha atacado a autores como José Enrique Rodó y otros de estos años, que escribieron en el filo de ambos siglos, omite las consideraciones precedentes, no los instala en su circunstancia cultural histórica, y ante todo no tiene en cuenta la evolución de las ideas en América, conscientes que era necesario establecer una línea de defensa frente al avance imperial de la cultura anglosajona, que inevitablemente consolidaría la dominación económica, y hasta política anexionista, que planteaban frontalmente los Estados Unidos.

Martí:

En la etapa de constitución del Partido Revolucionario Cubano, José Martí debió enfrentar a los *autonomistas* (que sostenían la ilusión de reformas en el seno de España), a los llamados *anexionistas* (que creían resolver los problemas cubanos con la anexión de las islas antillanas a los Estados Unidos), ambos grupos respondiendo a concretos intereses económicos.

Ya en 1882 decía Martí:

Y aún hay otro peligro mayor, mayor tal vez que todos los demás peligros. En Cuba ha habido siempre un grupo importante de hombres cautelosos, bastante soberbios para abominar de la dominación española, pero bastante tímidos para no exponer su bienestar personal ni compartirlo. Esta clase de hombres favorecen vehementemente la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Todos los tímidos, todos los irresolutos, todos los observadores ligeros, todos los apegados a la riqueza, tienen tentaciones marcadas de apoyar esta solución, que creen poco costosa y fácil.

Por 1889 el periódico norteamericano *The Manufacturer* sostenía la conveniencia para Estados Unidos de anexar la isla de Cuba como medio de abrir "un nuevo y gran mercado para todo lo que producimos". A ello contesta José Martí diciendo que:

No es el momento de discutir el asunto de la anexión de Cuba. Es probable que ningún cubano que tenga en algo su decoro desee ver su país unido

a otro, donde los que guían su opinión comparten respecto a él, las preocupaciones sólo excusables a la política fanfarrona o a la desordenada ignorancia. Ningún cubano honrado se humillaría hasta verse recibido como un apestado moral, por el mero valor de su tierra, en un pueblo que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter.

En estos textos si hay un rechazo categórico del *anexionismo*, que había sido tan importante en los intentos antiespañoles del general Narciso López de 1850, y en muchos de los dirigentes de la Guerra de los Diez Años (1868-1878), no implican sin embargo una estimación o valoración frontal de los Estados Unidos y las razones han sido confirmadas por el mismo José Martí en la famosa *Carta a Manuel Mercado*.⁴ El adalid de la pequeña sociedad cubana insurgente conoce perfectamente las características del imperialismo norteamericano, pero en la medida que su país debe afrontar en primer término al coloniaje español confiesa, por elementales razones de prudencia, haberse callado muchas de sus observaciones y opiniones.

Sus escritos sobre Estados Unidos, aunque no encararan frontalmente una definición de una imagen de conjunto, por las razones de prudencia revolucionaria que se anotan, son ricas en reflexiones. Su texto *Nuestra América*, aunque plantea en principio la relación entre la América Latina y el mundo industrializado en general (entonces predominantemente europeo), son aplicables a los Estados Unidos.

Está clara, asimismo, su admiración a ciertos aspectos superiores de la cultura intelectual y política norteamericana, como los textos dedicados a W. Whitman, Emerson o los antiesclavistas como Wendell Phillips.

También su repudio por la brutalidad de los usos políticos, especialmente de los que hacen referencia al naciente movimiento obrero que se materializan en el proceso de los mártires de Chicago.⁵

⁴ "Viví en el monstruo (los Estados Unidos) y le conozco las entrañas, y mi honda es la de David".

Esta carta es muy clara sobre su pensamiento antianexionista (en favor de los Estados Unidos, como se ha explicado) pero también da la clave de por qué no ha enfatizado sobre el tema en sus proclamas, porque "hay - nos dice - cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas al fin, etcétera".

⁵ "Acaban de ser llevados a la tumba los cuatro anarquistas que sentenció Chicago a la horca, y el que por no morir en ella hizo estallar en su propio cuerpo una bomba de dinamita. América es pues, lo mismo que Europa."

"No comprenden que ellos son mera rueda del engranaje social, y hay que cambiar, para que ellos cambien, todo el engranaje..." Ya decía el *Arbeiter Zeitung* de la noche que,

La actuación de Martí, además, no coincide con las grandes etapas de la escalada expansionista norteamericana, como el ensayo de conquista del Caribe en 1866-1870, y más tarde 1898-1903, pero detecta sutiles formas diplomáticas de largo alcance, como en sus textos sobre los propósitos imperialistas implícitos en la Unión Panamericana, y en segundo término en la conferencia monetaria del año 1890.

Rodó

A la lucha de los antillanos por su independencia, y el escamoteo de sus libertades por la intervención del gobierno norteamericano, responde la motivación principal que movilizará la pluma del ensayista José Enrique Rodó, en su inicial libro *Ariel* (1900).

El ataque a México, especialmente en el desembarco de la marinería en Veracruz en 1914, "conquista" de Panamá antes, y el desenlace del conflicto que en 1903 enfrentara al gobierno de Venezuela con las flotas intervencionistas europeas mediante el llamado "corolario Roosevelt", fueron todos sucesos que estimularon otros textos menos conocidos del autor uruguayo.

Después de alcanzar el prestigio más extendido a que podría aspirar un escritor entre los latinoamericanos, e inspirar una generación de intelectuales de diversos países, se ha llegado a considerarlo críticamente, incluso tratándolo despectivamente como un reaccionario idealista inspirado en la defensa de la tradición cultural hispánica, o lector de autores burgueses franceses.

Si es cierto que su interpretación vital coincide con un típico autor radical socialista francés como es Alair, y su léxico no es el de nuestro tiempo, hace —hay que reconocerlo— críticas atinadas y certeras sobre los efectos del capitalismo visibles en los Estados Unidos. Lo que ahora hasta los mismos norteamericanos denuncian como la corrupción y el vicio imperante en su país, ya está dicho en buena parte desde 1900 por J. E. Rodó.

La defensa de la cultura latinoamericana frente a la nordomunía (es decir la norteamericanización) está hecha por quien no los ama, aunque los admira. La caracterización de lo que ahora llamamos la sociedad de consumo, el desprecio por el derecho (especialmente

al entrar en la ciudad recibió el gentío ávido: "Al menos se dio una batalla, amigos infelices, pero veremos el mundo ordenado conforme a la justicia: seamos sagaces como las serpientes e inofensivos como las palomas", en *La guerra social en Chicago*, vol. *Los Estados Unidos*, Madrid, Biblioteca Andrés Bello, s. f.

ajeno), y "la influencia política de una plutocracia representada por los poderosos aliados de los *trusts*, monopolizadores de la producción y dueños de la vida económica", le lleva nada menos que a concluir que todo recuerda al advenimiento de la "clase enriquecida y soberbia" que anunciaba la decadencia de los imperiales romanos.

En otros escritos "El mirador de próspero", por ejemplo, defiende frente al avance imperial norteamericano la idea de "magna patria":

Patria es para los hispanoamericanos la América española, dentro del sentimiento de patria cabe el sentimiento de adhesión no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca; y provincias, regiones o comarcas de aquella gran patria nuestra son las naciones en que ella políticamente se divide.

Casi en la hora de su muerte insiste:

Somos esencialmente unos, de que lo somos a pesar de las diferencias, más abultadas que profundas, de que es fácil reparar de cerca, y de lo que seremos aún más en el futuro, hasta que nuestra unidad espiritual rebose sobre las fronteras nacionales y prevalezca en realidad política.

Lo más importante del arielismo es que hizo escuela, que se aceptó durante una generación en toda América por los niveles cultos burgueses latinoamericanos como artículo de fe.

Todavía el mexicano Antonio Caso, muchos años más tarde, decía:

Hay en el mundo quienes hacen cosas, pero sin grandeza moral; por eso han dominado y dominan todavía los Estados Unidos. Pero hay que pensar que sobre todos los imperialismos han de flotar, tarde o temprano, el espíritu elevado y los altos ideales que llevan en su seno los pueblos latinoamericanos.

V

LOS ESTADOS UNIDOS EN LOS SOCIALDEMÓCRATAS ARGENTINOS Y EN LOS MEXICANOS REVOLUCIONARIOS

La República Argentina tuvo una precoz organización de partidos y tendencias de tipo socialista, destacándose la fundación de la socialdemocracia que se cumple en el año de 1895.

El novel partido socialista, hasta la iniciación de la Primera Guerra Mundial, fue —conjuntamente con el uruguayo—, el único afiliado a la Segunda Internacional, y si bien es cierto que no llegó a tener una profunda participación obrera, reunió y politizó grupos urbanos valiosos bajo la dirección de intelectuales como fueron el médico Juan B. Justo, el abogado Alfredo L. Palacios, el publicista Manuel Ugarte y el criminólogo José Ingenieros.

Atento a la fecha de su aglutinamiento, y coincidiendo con la consideración finisecular de los Estados Unidos cumplida por los latinoamericanos, y de que se da cuenta en otro apartado, no faltaron en sus escritos opiniones sobre nuestro tema, que se extienden desde los últimos años del siglo XIX hasta mediados del siglo XX.

Así, en expresiones vertidas en el recinto del congreso argentino por el señor Justo, en numerosos artículos de Manuel Ugarte (que en Europa representaba al novel partido ante la Segunda Internacional, pero que pronto lo abandonara, adoptando una tesitura estrictamente nacionalista), y ante todo en Alfredo L. Palacios (que vivió lo bastante como para conocer de la revolución cubana de 1959, y manifestarse partidario de ese movimiento histórico), se dieron como una manifestación de latinoamericanismo y de rebeldía frente a los Estados Unidos.

José Ingenieros llega a estos temas en la década de los años veinte, después de declarar su adhesión a los principios de la revolución rusa, siempre manteniendo su adhesión al arielismo de su primera juventud, pero adoptando un sesgo organizativo en la llamada Unión Americana.

Otro grupo nacional, igualmente interesante como exponente de esa toma de conciencia del problema en el círculo de los ideólogos, políticos y escritores de orientación socialista, son los participantes de la Revolución Mexicana iniciada en 1910.

México, en razón de sus repetidos conflictos con los Estados Unidos y especialmente de la guerra por la posesión de los actuales Estados norteamericanos de Texas, California, Montana, Colorado, Arizona, Nuevo México y Nevada, al tiempo de que una temprana recepción de las ideas socialistas dominantes en la Primera Internacional de los trabajadores, ya en el siglo XIX presenta antecedentes dignos de recordarse.

El mexicano Alberto Santa Fe (1840-1881), excom-

batiente en el ejército republicano contra la invasión francesa, y fundador en la ciudad de Puebla del periódico *La Revolución Social*, donde anima un movimiento agrarista, ya por 1878 publica un texto sobre los americanos, a cuyos conceptos vuelve desde la cárcel en 1879, en que se apuntan los primerísimos antecedentes de una visión socialista del problema del imperialismo norteamericano, sin perjuicio que en su ideario sean reconocibles elementos nacionalistas.

Pero la lucha contra el porfiriato (1875-1910), fue no solamente expresión política de ciertos sectores de la burguesía progresista, sino asimismo capítulo de las luchas sociales y obreras, movimientos a los cuales no podían ocultárseles el entreguismo del gobierno de Porfirio Díaz al permitir la explotación económica del territorio mexicano y de sus recursos naturales por las empresas norteamericanas. Los conflictos laborales en la minería, la industria textil y los ferrocarriles, fueron en definitiva luchas contra un patronato norteamericano, respaldado por un gobierno local autoritario y entreguista, y así se manifiesta en los escritos de los periodistas del llamado Partido Liberal, que pronto se transformaría en movimiento anarquista, animado especialmente por el director del periódico *Regeneración*, Ricardo Flores Magón.

Perseguido por el gobierno dictatorial, lo mismo que muchos de sus partidarios, debieron exiliarse en los Estados Unidos, donde sí tuvieron el apoyo de la IWW (International Workers of World) y pudieron apreciar la discriminación contra los chicanos, braceros mexicanos que trabajan en la zona fronteriza.

Más tarde el mismo autor considerará la intervención norteamericana en Veracruz en 1914, que estimará una operación tendiente a apagar el foco revolucionario mexicano por la burguesía norteamericana, enfoque bien distinto del que consideraron para los mismos sucesos autores como José Enrique Rodó, para citar al más representativo de los nacionalistas burgueses de ese tiempo.

Esa tradición mexicana de tratamiento del tema de las relaciones latinoamericanas-norteamericanas, a partir del hecho revolucionario de 1910, se ha mantenido prácticamente hasta nuestros días, y una prueba fehaciente es la obra y el pensamiento del presidente Lázaro Cárdenas, del cual nos ocuparemos al considerar a los conductores nacionales de los años treinta y su imagen de los Estados Unidos.

LOS ESTADOS UNIDOS, ENCARNACIÓN DEL IMPERIALISMO

El paso de la visión empírica (Martí), espiritualista (Rodó), e incluso nacional-socialista (Ugarte) de los escritores finiseculares, a una concepción más moderna en que se utiliza la explicación del imperialismo como definitoria de la actitud norteamericana con referencia a nuestros pueblos, será conquistada a través del pensamiento socialista.

Desde el argentino José Ingenieros y el peruano José Carlos Mariátegui, hasta llegar a los recientes Fidel Castro, Ernesto Che Guevara y Salvador Allende, autores todos de citación obligada en este terreno, se ha recorrido un largo camino.

Pero en verdad hay una suerte de promoción intermedia que los precede, que ha sido directamente motivada por la misma política agresiva de la infantería de marina norteamericana en los años del *big stick*, que andando el tiempo ha derivado a su inclusión en el socialismo, cuando no se han producido defecciones a la causa común.

En defensa de sus propias naciones avasalladas y agraviadas, nicaragüenses, haitianos, dominicanos, cubanos, puertorriqueños, panameños, han manifestado su protesta y hasta la han llevado en esos tiempos a la resistencia armada. En este último aspecto la figura del guerrillero Augusto César Sandino es definitoria de ese periodo. En el terreno del pensamiento, los dominicanos de la benemérita familia de los Henríquez, han dejado páginas de inevitable citación.

Decía por ejemplo Max Henríquez Ureña que

el capitalismo norteamericano, dueño y señor del país, y director de las conciencias de los más altos políticos de aquella nación, envilecidas por el mucho oro que posee (los Estados Unidos), quiere especular con menos riesgos, o con más seguridades, en la fértil zona tropical; quiere garantizar, sin duda y sin temor, la inversión de su dinero; quiere adquirir, protegido por el poder público, tierras baratas con títulos dudosos; quiere llevar peones baratos donde no los haya, aunque representen un peligro en el orden de la inmigración y perjudique el trabajo nativo. Para conseguirlo azuza a su gobierno que es su esclavo, y el plan, tantas veces puesto en práctica, es el de ofrecer, con vivas protestas de amistad, un empréstito al pueblo pequeño que se ha entrampado por la inexperiencia o la torpeza de sus gobernantes;

y puesto ese primer eslabón a la cadena, cuando, por causa de esa hipoteca del porvenir nacional, reaparece el estado de insolvencia del tesoro público, se ofrece otro empréstito, pero se exigen mayores garantías. Y empréstito tras empréstito, en el momento de crisis más aguda, se toman en prenda las aduanas de la nación endeudada. Tras esa garantía viene la fiscalización económica de todos los resortes de la producción que tiene el gobierno deudor (y tras la dirección plena y absoluta de la vida económica, o simultáneamente con ella, surge la ingerencia política directa y dictatorial, y la medida final es el control del ejército nacional, o el establecimiento de tropas norteamericanas en el territorio de esa suerte dominado y explotado. Ésa es la obra codiciosa del capitalismo expansionista que tiene alquiladas, para obedecer sus designios, la conciencia y la voluntad de los estadistas que preconizan la diplomacia del dólar.

Será en México donde el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre publicará su famosa obra *El antimperialismo y el APRA* (1924), donde se reclama la internacionalización del Canal de Panamá y se rechaza enfáticamente a los Estados Unidos de imperialistas, de todo lo cual su autor vivirá lo bastante para arrepentirse, como lo demuestra su reciente histórica política.

Haya de la Torre, como el costarricense Pacheco, el uruguayo Carlos Quijano (autor de un libro de defensa de la independencia de Nicaragua frente a la intervención norteamericana), y hasta el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, que se hará célebre a través de las novelas, se habían formado conjuntamente en Francia durante los años veinte, compartiendo inquietudes revolucionarias con el estudiantado francés.

En Puerto Rico, con el partido nacionalista, y especialmente a través de la prédica de su indiscutible dirigente el abogado Pedro Alvizu Campos, a partir de 1917, y hasta su desaparición, la prédica imperialista se une a la reivindicación de la independencia nacional avasallada por la ocupación norteamericana, en una de las luchas más tenaces y difíciles, y siempre ocultada al resto de la conciencia libre de América.

En Cuba el intervencionismo militar, cumplido en la aplicación de la Enmienda Platt, promoverá algunas de las páginas más brillantes de Enrique José Varona y de grupos (como la falange de acción cubana, la junta de renovación cívica y la misma liga antiimperialista, con autores como López Hidalgo y el historiador Emilio Roy de Leuchsenring, sin los cuales no se expli-

can los hombres de la revolución del treinta: Mella, Martínez Villena, Guiteras y Raúl Roa).

Hay asimismo una promoción de dirigentes políticos latinoamericanos que, en la medida en que procuran orientar sus comunidades en forma independiente y favorecer la incipiente industrialización de sus países, chocan con los Estados Unidos y se definen por referencia a la presión imperialista.

Para citar a los más famosos tenemos el caso del presidente mexicano Lázaro Cárdenas, continuador de la Revolución Mexicana y por tanto heredero de un pasado ideológico definitorio en la materia, que en su discurso al congreso mexicano, después de decretarse la expropiación de las empresas petroleras, rechaza la falsa teoría de derecho internacional privado, según la cual los inversores extranjeros deben exonerarse de sometimiento a los tribunales locales latinoamericanos, y por el contrario contarían automáticamente con el apoyo total de sus gobiernos de origen. Esto implica una nueva forma de intervención, que había sido formalmente rechazada por todos los países americanos (incluidos los mismos Estados Unidos) en las conferencias panamericanas de Montevideo del año de 1933, y en la extraordinaria de Buenos Aires de 1936.

Leopoldo Zea ha destacado que en la ruta del nacionalismo latinoamericano han habido expresiones definitivas que consideran una imagen de los Estados Unidos en los dirigentes populistas de la reciente postguerra, y cita en su apoyo textos emitidos por dos presidentes, Getulio Vargas y Juan Domingo Perón.⁶

Lázaro Cárdenas, hasta la última etapa de su vida, ya alejado de la primera magistratura, reitera y amplía sus conceptos oficiales de los años treinta, como resultado de su alocución de marzo de 1961 inaugurando en la ciudad de México la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz.

VII

ESTADOS UNIDOS, ENEMIGO DE LA REVOLUCIÓN SOCIAL LATINOAMERICANA

El socialismo latinoamericano se hace heredero de

⁶ "Anacronismo o Vigencia del Nacionalismo Latinoamericano", pp. 31 a la 40, de la *Revista de la Universidad de México*, México, nos. 6 y 7, vol xxvi, 1972.

Habría que tener en cuenta a los especialistas mexicanos en derecho internacional como Isidro Fabela, (*Los Estados Unidos contra la libertad*), Barcelona, s. f. y Luis Quintanilla (*Democracia y panamericanismo*), México, 1959.

esta rica tradición de lucha antiimperialista, pero la dotará de un nuevo sentido. En primer lugar por proveerla de explicaciones, despojadas de los elementos irracionales del nacionalismo, no siempre de inspiración popular.

En la medida en que el socialismo pretende la instauración de una sociedad sin clases sociales y la justicia social en las sociedades latinoamericanas, encontrará su más vigoroso rival en el colonialismo imperial norteamericano, ya sea a través de las oligarquías locales que le siguen, ya sea directamente en forma de intervencionismo económico, político y militar.

Algunos autores y ciertas estrategias políticas definen en los recientes cincuenta años el pensamiento socialista latinoamericano sobre los Estados Unidos de América, y proveen un nuevo tipo de imagen a considerar.⁷

El ya citado José Ingenieros, que en 1895 había sido secretario del naciente Partido Socialista Obrero y más tarde admirador de la Revolución Rusa y miembro del grupo "Clarté" de Henry Barbusse, por el camino de su adhesión a la Revolución Mexicana llega a madurar sus reflexiones sobre los Estados Unidos.

Por sobre otros motivos de simpatía intelectual y social, nos dice, nos acercan a todos los latinoamericanos razones graves de orden sociológico y político... No somos, no queremos ser más, no podríamos seguir siendo panamericanistas..., así nos lo sugiere la reciente política imperialista norteamericana europea que ha tenido una trayectoria alarmante para toda la América Latina, prosigue.

Es en 1925 que propone la fundación de una Unión Latinoamericana, "con miras a suplir a la Unión Panamericana de Washington", pero no como una nueva institución intergubernamental, "pues le quitaría toda libertad de acción y le restaría eficacia".

No es ocioso recordar que con el mismo nombre, organización y propósitos, en el siglo anterior existieron por lo menos otras dos uniones americanas. La fundada por Benjamín Vicuña Mackenna en Santiago de Chile en la emergencia de la invasión francesa a México y la aventura de Walker, y a finales del siglo la que anima desde París, ahora con el nombre de Unión Latinoamericana, el puertorriqueño Ramón Emeterio Betan-

⁷ Esto corresponde al esquema histórico general latinoamericano, pero tenemos el caso singular que ya citamos de un socialista, o un precursor si se quiere del socialismo, que hace más de cien años expresó una opinión coherente sobre los Estados Unidos, el mexicano Alberto Santa Fe. Véase *El socialismo en México*, de Gastón García Cantú, México, Ed. Era, 1969.

cos, entonces representante del gobierno revolucionario cubano en Francia.

Por su parte el fundador del Partido Comunista peruano, Mariátegui, en junio de 1929, escribiendo la llamada "Carta colectiva del grupo de Lima", decía muy categóricamente:

A Norteamérica capitalista, plutocrática, imperialista, sólo es posible oponer eficazmente una América Latina, o ibera socialista. La época de la libre competencia, en la economía capitalista, ha terminado en todos los campos y en todos los aspectos. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia imperialista. Los primeros puestos están ya definitivamente asignados. El destino de estos países, dentro del orden, dentro del orden capitalista, es el de simples colonias.⁸

Mientras para la burguesía criolla ascendente del siglo pasado el problema era construir países autónomos "a la americana", para el socialismo no existe ya esa posibilidad, y la elección tiende o debe hacerse entre la condición colonial o la socialista de la independencia.

Poco más tarde el cubano Julio Antonio Mella, en su *Carta a Gustavo Aldereguía*, hablando del movimiento del año 30, decía que el problema era parcialmente social, y por otra parte nacionalista, y en su totalidad, un tema del antiimperialismo, donde se debía lograr la unidad de todas las fuerzas y tendencias del país.

Ni la lucha antiimperialista, y menos la activa solidaridad latinoamericana fueron, en el campo del socialismo, monopolio marxista, pues en ellas participaron todos los sectores de la extrema izquierda, como el anarquismo y el anarco-sindicalismo, activo todavía en las primeras décadas del siglo en México, Cuba y los países australes, y más reciente las tendencias extraparlamentarias o de la nueva izquierda en todas partes.

Es interesante destacar cómo la existencia de la potencia imperial norteamericana determina, o por lo menos es un factor apreciable, la acción del socialismo latinoamericano y hasta explica muchas de sus polémicas internas.

La estrategia de unión de las diferentes clases y partidos populares en un frente común, que se prueba por vez primera contra el fascismo internacional de los años treinta y se recupera en la reciente postguerra, tiene en cuenta la presencia norteamericana.

⁸ *El proletariado y su organización*, México, Grijalbo, 1970, pp. 110 a 120.

La existencia de una Norteamérica hostil, cuya presión imperial necesita superar América Latina, y no solamente sus clases proletarias, posiblemente explique el éxito que, para los partidos de la Tercera Internacional, tiene la táctica que algunos autores han llamado *etapista* (*As etapas do desenvolvimento social na visao do mundo marxista na América Latina*), de Michael Lowy.

El citado autor considera que su realización más acabada, políticamente hablando, es la estrategia del Partido Comunista del Brasil en los años 1954 a 1964, favorable al desenvolvimiento económico capitalista local, y cita en su apoyo un fragmento de la *Declaração sobre a política do Partido Comunista do Brasil*, emitida en Río de Janeiro en 1958.

La revolución en el Brasil —dice ese texto— por consiguiente no será todavía socialista, sino antiimperialista y antifeudal, nacional y demócrata, y deberá conducir a la entera libertad económica y política de la dependencia con el imperialismo norteamericano.

Cuando la revolución social latinoamericana se pone en marcha, no tanto en el inicial episodio de la Revolución Mexicana de 1910, como en la más reciente Revolución Cubana que se inicia en Moncada en 1956, entonces en la medida en que se entabla una lucha en que el capitalismo norteamericano pretende ahogar los intentos de renovación social de los pueblos de la América Latina, abundan los análisis de Estados Unidos, a menudo a cargo de los mismos dirigentes revolucionarios, que definen un nuevo tipo de imagen a considerar.

Merecen especialmente recordarse las palabras de Ernesto Che Guevara, tanto en sus textos económicos como en sus planteamientos políticos. Los primeros necesitan de su actuación como representante de la Revolución Cubana en las conferencias de Punta del Este y de Ginebra (Primera UNCTAD). "Indicamos —dice— como requisito previo a una integración sólida (americana) la plena soberanía de los países en todo su territorio, y nos referimos concretamente a la base de Guantánamo, que existe en el territorio de Cuba, y al Canal de Panamá..." Así también analiza la inestabilidad de los precios y de los mercados de productos primarios que maneja en su comercio Estados Unidos, así como el *dumping*, siempre en perjuicio de los Estados latinoamericanos productores de esa clase de artículos.

No se ataca —dice en otro pasaje— la raíz fundamental de nuestros males, que es la existencia de monopolios extranjeros que distorsionan nuestra eco-

nomía y atan incluso nuestras políticas a dictadores extranjeros... Ni se condena la agresión económica, una de las más importantes aspiraciones de Cuba, que ha sentido en su carne los rigores de esta agresión.

Cuando en la conferencia de Ginebra de las Naciones Unidas de 1965, vuelve Guevara a muchas de las ideas ya expuestas en la conferencia del CIES de Punta del Este de 1961, que terminamos de citar, no es menos categórico.

Así, la explicación del "deterioro económico", como un mecanismo de explotación internacional montado a favor de los grandes países industriales, y en particular de los Estados Unidos, está recogida y comentada en el volumen intitulado *Condiciones para el desarrollo económico latinoamericano* (Montevideo, 1966).

Hay una segunda serie de escritos, ahora políticos, en que Guevara hace referencias a los Estados Unidos y a su actitud imperial, y son los que corresponden a su última etapa de lucha guerrillera. En su *Mensaje a los pueblos del mundo a través de la conferencia tricontinental de La Habana* (1967), en que reclama: "Crear uno, dos, tres, cien Vietnams", está dibujada una estrategia revolucionaria y combatiente que, en aplicación del conocimiento imperial económico, le lleva en su madurez a la guerra popular revolucionaria en tierras bolivianas.⁹

No menos importantes son los textos de Fidel Castro que, combatiendo en defensa de su República desde 1960 a la fecha, ha debido formular, y en las cuales asimismo se aprecia el aporte socialista a la concepción de una imagen de los Estados Unidos.

Se destacan sus discursos ante la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York en el mes de septiembre de 1960, y los emitidos en ocasión de la llamada "crisis del Caribe" de octubre de 1962, pero particularmente en las históricas *Declaraciones de La Habana* que implican en buena parte un enjuiciamiento a los Estados Unidos en relación con América Latina.

Como en la defensa de Benito Juárez a su pueblo mexicano, como en las palabras de Henríquez Ureña pensando en su Dominicana, no se trata solamente del socialismo y de la revolución social que le anima, sino asimismo de la defensa de un pequeño pueblo amenazado en su independencia nacional.

Distinto es el sesgo del discurso, igualmente funda-

⁹ Debe verse el ensayo de Lisandro Otero, "Idea del Imperialismo en el Che", Santiago de Chile, Revista *Chile Hoy*, No. 27, diciembre 1972, pp. 19 y 20.

mental, en que Fidel Castro hace, el 10 de agosto de 1967, el balance de clausura de la Conferencia Internacional de la OLAS en La Habana.

Más recientemente, en el caso del Chile revolucionario, tenemos la imagen de los Estados Unidos como país imperialista, a través de la acción agresiva de las grandes compañías multinacionales como la Kennett o la ITT.

El discurso de Salvador Allende en la Asamblea General de las Naciones Unidas del 4 de diciembre de 1972, denuncia el papel de las supercompañías en América Latina interfiriendo en el manejo de cada país en sus asuntos internos, provocando la guerra civil, y en particular impidiendo la recuperación de las riquezas nacionales.

Sin nombrar a los Estados Unidos, pero atento al hecho bien probado que el gobierno de Washington ha respaldado la acción de las citadas compañías, que tienen su sede en su territorio, y se integran por elementos del alto nivel de las finanzas, la industria y el comercio norteamericano, Allende plantea una nueva faceta de la imagen norteamericana que en estos tiempos predomina en América Latina.

Este enfoque ha merecido de los latinoamericanos el respaldo de la Comisión de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas, y antes, de la UNCTAD III (de Santiago de Chile, de la conferencia de Lima del *Grupo de los 77*, de la reunión de la CEPAL de Quito de 1973, y de las conferencias de países no alineados celebradas también en 1973 en las ciudades de Georgetown y Argel, aparte de la conferencia sindical mundial sobre sociedades multinacionales de Santiago de Chile en abril de 1973.

VIII

LAS DERECHAS LATINOAMERICANAS Y LOS ESTADOS UNIDOS

Hay una interesante evolución de la actitud de la derecha política latinoamericana frente a los Estados Unidos, que implica asimismo una imagen particular de los norteamericanos.

Inicialmente, y en la misma medida que la nueva unidad política era considerada admirativamente por los revolucionarios criollos, españoles, portugueses y franceses coloniales, y por extensión los criollos que les eran fieles, repudiaban a los Estados Unidos.

Ese repudio se mantiene y crece durante el siglo XIX,

y es frecuente en autores de la talla de Egaña, Lucas Alamán, Anastasio Bustamante y Nicolás Bravo el rechazo categórico de los Estados Unidos, en primer lugar atento a su carácter de país protestante, *a priori* enemigo del catolicismo latinoamericano y por tanto de los grupos y clases a que se vincula política y socialmente.¹⁰

Esto permite incluso comprender mejor el elogio, y hasta la yancofilia de los liberales de la burguesía ascendente, que apunta no solamente a definir una imagen de un país distante, sino a la crítica y hasta el combate contra “la reacción interna”.

A medida que se manifiesta el avance del imperio norteamericano en el Caribe, ya hemos destacado cómo ciertos sectores de la burguesía en Cuba y Puerto Rico se declaran *anexionistas*, es decir dispuestos a integrar los Estados Unidos, y esa corriente tiene partidarios asimismo en otras regiones de la zona. Pero en América del Sur las derechas mantendrían hasta mediados del siglo **xx**, estimuladas por su mismo contacto y admiración por el fascismo europeo, una imagen negativa de los Estados Unidos, y hasta animarían movimientos nacionalistas de tipo pseudoantiimperialista.

“La Guerra Fría”, el ingreso de los Estados Unidos al control neocolonial de todo el continente, la expansión de la Organización de Estados Americanos y los múltiples lazos que caracterizan en nuestro tiempo la relación de las sociedades latinoamericanas con los centros financieros y de poder en turno, explican en nuestros días un cambio total en este problema.

Es entre los latinoamericanos de derecha, y de los sectores provenientes de altas clases sociales (“burguesía compradora”, para decirlo ya en términos impuestos, o *managers* al servicio de las corporaciones multinacionales), donde se reclutan en los 25 últimos años

los más fieles admiradores latinoamericanos de los Estados Unidos. La disputa del siglo pasado se cumple ahora en el seno de América Latina, pero invertidos los términos sociales y políticos.

Las formas bajo las cuales esta adhesión a los Estados Unidos se manifiesta en la derecha latinoamericana son múltiples, y se deben destacar en primer término las de carácter político, vinculadas al intervencionismo militar, a la técnica del protectorado, a la formulación de alianzas o tratados que implican la subordinación jerárquica, y más recientemente, en aplicación de las ideas geopolíticas del secretario de Estado, doctor Henry Kissinger al *subimperialismo*.

Los dirigentes civiles y militares del régimen brasileño, gobernantes desde 1964, aceptan y aplican la actitud de satélite privilegiado en el contexto de una admiración con los actuales Estados Unidos.

En los países que cuentan con una “derecha intelectual”, por ejemplo la Argentina, se puede apreciar asimismo una actitud admirativa, no por reciente menos entusiasta de la que puede dar un cabal ejemplo el conocido escritor Jorge Luis Borges.

En otro plano la democracia cristiana, en ocasión de la administración democrática en Washington, y especialmente vinculándola a la personalidad de John F. Kennedy y el proyecto de Alianza para el Progreso en los primeros años de la década del sesenta, expresó una imagen asimismo favorable que corresponde a ciertos sectores de las clases medias superiores.

Finalmente las manifestaciones de neofascismo latinoamericano, independientemente del caso del Brasil que se inscribe en un contexto nacionalista y militar, en todas partes encuentran su sostén en la política exterior de organismos privados del tipo de la John Birch Society, e incluso oficiales como el Pentágono y la CIA.

En algún sentido el tutelaje que entre las dos guerras ejercía el fascismo europeo sobre estas dependencias asimismo arraigadas en territorios latinoamericanos ahora lo hereda Estados Unidos.

La divisa de la “nueva izquierda latinoamericana”: SOCIALISMO O FASCISMO es, por tanto, una forma de encarar la doble (y a su juicio indisoluble) lucha entre las fuerzas populares revolucionarias, y por otra parte la alianza del imperialismo con el extremismo de extrema derecha de Latinoamérica.

¹⁰ En el caso de Cuba las obras del citado historiador de la ciudad de La Habana, José Roy de Leuchsenring, y en México las recientes de Gastón García Cantú. *Las invasiones norteamericanas en México*, México, Era, 1971; las obras de los latinoamericanistas soviéticos como M. S. Alperovich y B. C. Ruleco. *La Revolución Mexicana de 1910-1917 y la política de los Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Popular, 1971, y ante todo obras como la de Alonso Aguilar Monteverde. *El panamericanismo. De la democracia Monroe a la doctrina Johnson*, México, Cuadernos Americanos, 1965, y la tesis de Albert R. Weinberg. *Destino manifiesto. El expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*, traducción al español, en Bs. As., Paidós, 1968 y Juan A. Ortega y Medina. *Destino manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, México, SepSetentas, 1972.

IX

LO QUE LOS ESTADOS UNIDOS PIENSAN DE AMÉRICA LATINA

Es legítimo que el lector se pregunte: ¿qué piensan los norteamericanos de la América Latina? ¿Corresponde su imagen como una impronta negativa a la que manifiestan los latinoamericanos sobre los norteamericanos?

Porque es tentador para quienes huyen de la verdad histórica, o de las definiciones políticas, pretender explicarse las opiniones de tan ilustres varones latinoamericanos como frutos exclusivos de su desconocimiento de la verdadera orientación de la política norteamericana, como una suerte de un malentendido histórico, que desdichadamente distancia los hermanos pueblos del continente americano, etcétera. Lo que antecede no son citas textuales, pero al lector le sería fácil haber escuchado este tipo de reflexiones, incluso en boca de algunos latinoamericanos, unos —insistimos— por ignorancia, y demasiados por mala fe.

A nuestro parecer sería tan útil, como la empresa que aquí presentamos, establecer una secuencia antológica de las opiniones más importantes que ha merecido América Latina a los prohombres norteamericanos, comenzando por sus presidentes desde Jefferson hasta Nixon, y también —aunque menos nutrida en número y calidad que los que poseemos de este lado de “la gran frontera”— analizar asimismo a sus grandes pensadores y escritores.

Ciertos trabajos recientes, aun siendo parciales porque se refieren casi exclusivamente, como en el caso de Cuba y México, a las relaciones bilaterales con los Estados Unidos, son aleccionadores. También los mismos tratados académicos cumplidos por estudiosos norteamericanos y latinoamericanos recientemente, que analizan las ideas políticas en materia de política exterior del gobierno de Washington, así como de la opinión pública que los respalda tanto en el pasado como en el presente, para no hablar de los intereses materiales correspondientes.¹¹

¹¹ José de Onís en su libro *The United States seen by Spanish American Writers (1776-1890)*, New York Hispanic Institute in the United States, 1952, ha destacado ese aspecto, que por lo demás comenta su crítico Noel Salomón en “Bulletin Spanique”, Bordeaux, tome LV, nos. 3/4, 1953.

Todo este material demuestra fehacientemente que existen muchísimos elementos de juicio, y que al contrario de lo que a veces se afirma, sí ha habido desconocimiento, o un conocimiento parcial, por parte de los latinoamericanos, de la naturaleza de las ideas políticas de los Estados Unidos en materia de relaciones con América Latina; pero también que de haber sido más amplio ese conocimiento, no hubieran variado las opiniones críticas o favorables, como las que hemos inventariado, ni otra hubiera sido la línea que trazan a través del tiempo y para todos los países.

Hubiera sido muy probable que se produjera por reacción un volumen mayor de pronunciamientos latinoamericanos, y también que éstos tendrían que haber sido todavía más categóricos por razones de elemental defensa.

En otras palabras hay antinorteamericanismo en la mayor parte de la historia de América, por parte de los latinoamericanos, pero no es por falta de conocimiento de lo que piensan los norteamericanos, sino que al contrario, si la difusión del pensamiento oficial del gobierno norteamericano hubiera sido mayor entre nosotros, también muchísimo mayor hubiera sido el antiyanquismo.

Destaquemos que ciertos autores, como en el caso del uruguayo José E. Rodó, no manejaban la literatura y la prensa norteamericana de su tiempo, y tenían una formación estrechamente latina. En otros casos, como el de su contemporáneo José Martí (“que vivió en el monstruo”) por razones de prudencia no dijo nunca todo cuanto sabía, aunque mucho resulta de su correspondencia y textos alusivos al nacimiento de la Unión Americana y la Conferencia Monetaria Interamericana. Sin embargo, hablando sobre la imagen de México en los Estados Unidos, y después de referirse a una Liga de Anexión Americana (que en esos tiempos contaba con diez mil afiliados, bajo el programa de anexar para los Estados Unidos todo México, América Central y Cuba...), bajo la presidencia del general George W. Gibbons, dice algo que tiene una validez general sobre este tema, a saber: “las saetas venenosas no son más que saetas, pero matan y es bueno conocerlas y prevenirse contra su uso.”

Si se observa bien, buena parte de las opiniones críticas latinoamericanas sobre Estados Unidos que hemos

revelado, son ante todo reacciones espontáneas y directas ante acciones agresivas históricas, como en el caso de las guerras de anexión, las intervenciones militares o casos similares.

Todo el pensamiento latinoamericano sobre los Estados Unidos ha tenido ante todo un carácter defensivo, y se puede decir que, salvo contadas excepciones, los intelectuales de nuestros países no han cumplido a cabalidad su labor de avanzadilla, de vanguardia, detectando a través del pensamiento del potencial enemigo

las futuras acciones ofensivas, e ilustrando a sus pueblos como corresponde.

Esto es un asunto que hoy interesa por igual a 300 millones de latinoamericanos (¿y por qué no también a los norteamericanos?), pues en algún sentido del mismo dependen los próximos destinos de América.

Lo importante, en primer término, es cobrar conciencia de la comunidad, y por otra parte comprender que estas luchas, y por tanto la imagen del otro gran pueblo que ocupa las Américas, se remontan al pasado y se explican en buena parte a través de la historia.